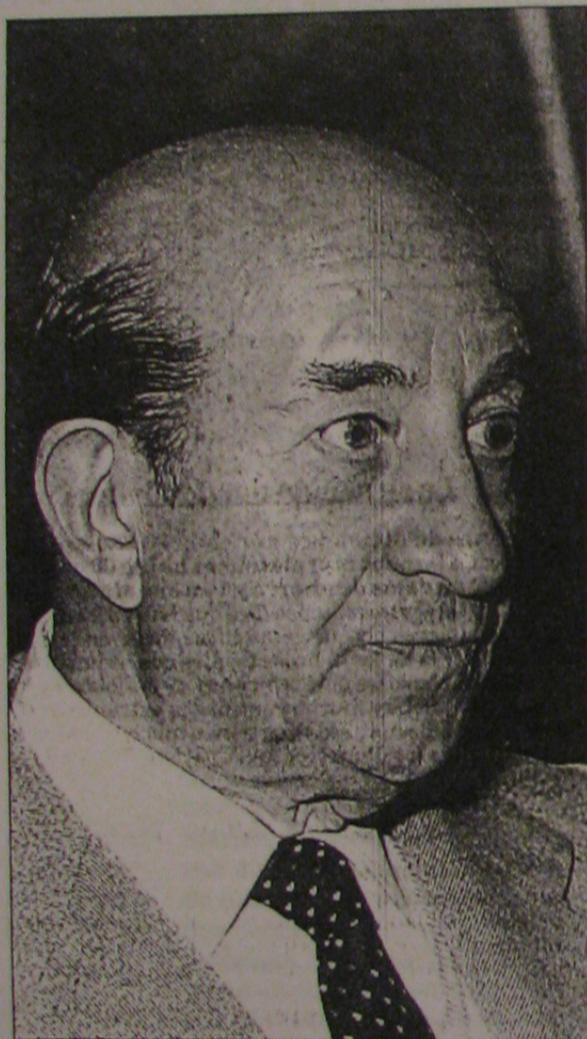


De narraciones y narradores

# Bajarlía, el que acecha en el umbral

Reportaje por Carlos Adolfo Parodi



Juan-Jacobo Bajarlía. (Foto de Ernesto Monteavaro, archivo de LA CAPITAL)

*El hombre que está sentado frente a nosotros tiene la mirada propia de aquellos que fascinan con sus palabras y sus silencios. Poeta, abogado, novelista y dramaturgo, Juan-Jacobo Bajarlía nació en Buenos Aires y pertenece a ese círculo extraño que integran los escritores de estirpe.*

Autor de una singular obra, recibió en 1962 la "Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores", en 1964 el "Mystery Magazine Ellery Queens", y en 1984 el "Konex" de Platino. Incluso otros galardones y el antipremio **Boris Vian a Historias secretas**, en 1996.

Publicó **Historias de monstruos** (1969), **Fórmula del anti-mundo** (1970), **El día 0** (1972), **El endemoniado Sr. Rosetti** (1977), **Sables, historias y crímenes** (1983). También fue compilador de dos antologías: **Cuentos de crimen y misterio** (1964) y **Crónicas con espías** (1966).

Considerado en su calidad de narrador, Leopoldo Marechal llamó a Bajarlía "el zoólogo de la monstruosidad". Hopkins, desde Berkley, dijo que "sus máquinas del tiempo dejan de ser instrumentos mecánicos para convertirse en dimensiones metafísicas".

Sus últimas obras son: **El poeta y el exilio** (1990), **Fijman, poeta entre dos vidas**, **Drácula, el Vampirismo y Bram Stoker** y **Poema de la creación** (1996), que con **Historias secretas**

(1996) también obtuvo el Premio Boris Vian.

No habíamos terminado de instalarnos en su pequeño y enigmático estudio cuando los primeros recuerdos surgieron rápidamente:

Yo hice toda mi infancia en Chile y recuerdo que en los mercados se vendían los cuentos de "Calleja" que eran unos libritos de siete centímetros que contenían todos los clásicos universales. Mi madre iba al mercado y allí estos ejemplares se vendían al kilo. Ella me los traía. Fueron mi primer alimento.

## Sus inicios en la literatura...

—A los 14 años, puedo confesar, escribí mi primera novela... Imagínate, el estilo era de "capa y espada". Se llamaba **La cruz de la espada**, y cada dos páginas moría un adversario, atravesado por el arma del protagonista, quien les decía: "Que Dios te ampare" y les hacía la señal de la cruz con la punta. Este manuscrito se lo entregué a un librero que dijo que lo iba a publicar, y nunca más supe ni de uno ni del original.

—Con el tiempo me fui inclinando hacia lo fantástico, hacia lo misterioso... y hablando de misterios te digo que si el fotógrafo me sigue sacando tan de cerca, voy a salir con una expresión verdaderamente monstruosa. (Risas)

—Es la idea. (Risas). En usted, el abogado no ahogó al escritor.

—Al contrario, me dediqué a los asuntos penales y sucedía que, más de un caso, más de un crimen, tenía que resolverlo a partir de hipótesis un tanto fantásticas. Es decir, de alguna manera todo lo que hacía, ya fuera por las lecturas o por mis ocupaciones, ya estaba predestinado a vincularse con lo monstruoso, con lo exagerado. Porque el crimen es en sí mismo una exageración. Algunos piensan que el crimen es producto de un momento de furia, pero a veces no es así. El crimen, a veces, es el resultado de una larga maquinación, aunque sé que esto que digo no tiene mucho de significación criminológica.

## Marechal, cuidadoso de la amistad

—¿Fue usted, Bajarlia, amigo de Leopoldo Marechal?

—Marechal era un hombre muy cuidadoso de la amistad. Recuerdo una anécdota de aquellos encuentros que manteníamos en su casa. Allá por los años 60, Leopoldo recibía los miércoles a los jóvenes escritores, y digamos que un tema reiterado era el de la muerte. Yo, personalmente, pasaba por ciertas angustias. Bueno, un día Leopoldo me dice: "El próximo miércoles va a venir un poeta amigo: Miguel Ángel Bustos", gran poeta, gran amigo, desaparecido durante la dictadura, y Marechal, me pidió: "Por favor no hables de la muerte porque Miguel anda muy mal y ha intentado suicidarse dos veces". Yo lo entendí perfectamente y prometí no hablar de eso. A la semana siguiente, yo estaba entusiasmado porque había comprado un libro de Gerard de Nerval, que incluía el soneto "El desdichado", en cuya ilustración de tapa aparecía el autor colgado de unos barrotes en la "Calle de la Vieja Linterna", en París. Estaba tan impresionado por esa imagen que, llegado el miércoles, y con Miguel Ángel en la mesa, intenté transmitir a Leopoldo esa impresión por el soneto y la ima-

gen, pero ni bien intenté hablar, recibí por debajo de la mesa tal patadón de parte de Leopoldo para que me callara, que aún hoy lo recuerdo y hasta parece que me duele el tobillo.

—¿Se interesaba Marechal por la literatura de misterio?

—Cuando lo conocí, Leopoldo no había escrito aún ningún cuento. Recuerdo que por aquella época me llama Jorge Alvarez y me dice: "Jean-Jacques, te voy a pedir algo: preparame una antología de cuentos con espías". En aquel entonces el cuento de espionaje no era frecuente entre los escritores argentinos. Lo fui a ver a Leopoldo para que me diera uno y me dice: "vos estás loco, yo nunca escribí ningún cuento de misterio y menos con espías, olvidate". Yo, para vencerlo, le dije que le iba a llevar un volumen para que le echara una ojeada a la estructura de los cuentos. Al día siguiente lo visité con el libro en cuestión, y en cuanto lo saludé me da un original y me dice: "Tomá, acá lo tenés". Lo había titulado Cuento con espía obligado, porque yo lo había obligado, como lo dirá en distintas ocasiones, a escribir su primer cuento. El, hasta ese entonces, sólo había escrito dos apólogos.

## Con Borges, muchas conversaciones

—¿Cómo era, Bajarlia, su relación con Borges?

—En la época en la que todo el mundo renegaba de Borges, yo era uno de los pocos que lo defendía y admiraba. Toda su fantástica me tenía muy atrapado. En cambio, al único autor al que siempre combatí, fue a Lugones, el enemigo de las jóvenes generaciones. Güiraldes, refiriéndose a éste, criticó sus "budin-sonetos". Borges también lo criticó en su momento, aunque posteriormente le dedicó un libro. Pienso que cuando los escritores envejecen se llenan de temores y comienzan a desdecirse de toda polémica. A Borges le hice varios reportajes para el diario "Clarín". Mantuvimos muchas conversaciones.

Incluso cuando él estaba muy ocupado y yo debía hacer una nota, lo llamaba y por teléfono trataba de que me respondiera. Borges me contestaba de forma muy dispersa, pero interesante, y entonces yo le decía que iba a tratar de armar la nota sin perder la esencia borgeana, y él, amable, me respondía: "Haga, Bajarlia, pero no más de lo que dije". Algún día le pregunté si realmente se consideraba —tal como él decía— un mal escritor. Y me contestó: "Vea Bajarlia, cuando digo eso no lo digo por vanidad, lo digo porque creo que la prosa no se domina jamás. Cuando afirmo tal cosa me estoy refiriendo a la imposibilidad de concretar una escritura perfecta".

## Café Literario

Una nueva reunión realizará el viernes 24 el Café Literario Dickens, en Diagonal Pueyrredón entre Belgrano y Rivadavia. Será a partir de las 21.30, con Juan-Jacobo Bajarlia como invitado y la coordinación de Martha Vargas y Susana Ramírez.

—Podría darse la mano con Chesterton.

—Sería un placer. Siempre hay algo fantástico rodeándonos. Con el tiempo me dediqué profundamente a indagar en la vida y obra de autores extraños, como H. P. Lovecraft y también en subgéneros como la space ópera. El escritor que se dedica a lo fantástico parece que estuviera, digamos, algo insatisfecho con el mundo en el que vive y busca constantemente otros orbes para vivir, otra u otras vidas.

—¿Qué encuentra de particular en Lovecraft?

—Lovecraft lleva a una instancia metafísica la realidad en la que vive. Esa realidad la llena de monstruos. Esos seres monstruosos, para los que analizaron a Lovecraft, representan a los mismos seres que en su vida real lo han menospreciado. El autor los transfigura. Y ésta sería una de las tantas notas que acaecen a través de la escritura de un relato fantástico.

La vida de Lovecraft era en sí monstruosa. Para sobrevivir corregía originales de autores mediocres por unos pocos dólares. Le suplicaba también al editor del *Weird Tales* la publicación de algún relato. Sus mitos son creados a partir de su propia marginalidad. Cuando él dice en algún relato que el árabe Alhazred, autor del inhallable "Necronomicon", ha sido devorado por un ser invisible, en realidad el que está siendo devorado es él mismo. Hay una transposición de sus angustias a la ficción.

—De las cartas de Lovecraft ¿se desprende algo de esto?

—Lovecraft ha escrito no menos de 30.000 cartas. Existe una edición de Arkham House en 3 volúmenes, donde se registra parte de esa correspondencia. En muchas de esas cartas relataba los sueños que tenía. Sueños que luego se concretaban en historias fascinantes. Hace un tiempo estuve en Venecia, allí, en una librería, hallé un libro curioso editado por Mondadori, con el título de "Diario de in incubo". Allí se reúnen escritos que Lovecraft utilizaría en sus cuentos, y otros que permanecerían inéditos. Digamos que es un diario literario, no cronológico.

—¿Por qué algunos críticos desprecian cierta literatura fantástica, considerándola menor?

—Los críticos son defecadores de "tintitis" (risas). Los críticos, salvo excepciones, son individuos que jamás van a crear una obra.

Menospreciar el género fantástico es un absurdo total. Casi todos los escritores quebrantan la realidad con elementos fantásticos. Cuando Marechal escribe su *Adán Buenos Ayres*, lleva a un estado metafísico todo el acontecer de la ciudad. Y cuando toma a un personaje como Jacobo Fijman, el más grande poeta de la generación del 22, lo presenta como a un ser conformado por dos mitades distintas, de las cuales, una de esas mitades, representa al ser real y la otra al ser metafísico.

Cortázar, Borges, Bioy y no debo olvidarme de Holmberg, son excelentes hacedores de mundos extraños. Precisamente Holmberg, en 1875, escribió *El maravilloso viaje de Nic Nac*, novela de ciencia ficción, y otros escritos en los cuales los protagonistas son verdaderas máquinas, toda una raza de dimensiones robóticas.

### La manera de relatar es siempre nueva

—¿Por dónde pasa el saber contar una buena historia?

—Uno no relata una historia por el solo hecho de barajar el argumento. Se debe tener un don especial para presentarlo. Enrique Anderson Imbert afirma que casi todos los cuentos se repiten. El desarrollo es más o menos el mismo a través de todas las épocas, pero sucede que algunos escritores lo desarrollan de tal manera que le dan a ese argumento cierta originalidad. La manera de relatar es siempre nueva, se vive renovando. Entre el escritor y el fantasma de la página en blanco no hay conflicto, no debe haberlo. A mí, personalmente, los fantasmas me visitan muy a menudo y les saco bastante provecho, aunque a veces pienso que soy utilizado por ellos. Muchos grandes escritores, se han sentado ante el papel sin tener la más mínima idea de lo que iban a escribir, y a pesar de eso nos entregaron historias magistrales. La creación es uno mismo. El hombre es una historia en sí mismo. El ángel y el demonio, por lo tanto, conviven en nosotros y es cuestión de meterse entre ellos para ver qué sucede allí adentro.